

los cuales pasados despidió el rey a toda la gente, la cual se fue por familias a sus ciudades y pueblos. Y de esta manera quedó consagrado y dedicado a Dios aquel templo, sin saber que hubiese otra cosa que se añadiese a esta dedicación.

Siendo pues éste el común uso antiguo de todas las gentes, en la dedicación de sus templos, no se contentó el demonio en las que estos desventurados indios occidentales hacían, de los que le dedicaban, con que muriesen los animales referidos; los cuales no leemos ni sabemos que por entonces los hubiese, aunque de otras especies muchas sí, de los cuales es creíble que sería la suma inmensa y sin número. Pero añadió el enemigo de la vida y descanso del hombre, que en los que se dedicaron en esta Nueva España fuesen las fiestas celebradas con animales racionales y capaces de razón, de los cuales en semejantes días morían muchos. En especial se dice, que cuando se dedicó el templo mayor de Mexico y fue en él puesta la estatua de Huitzilpuchtlí, murieron aquel día más de sesenta mil cautivos, celebrando con sangre humana las fiestas infernales y apagando con ella la sed de el demonio, que por ella bebe de ordinario los vientos. Dedicación de templo es ofrecerlo a Dios y estrenarlo en su servicio; y estos indios le dicen Teychaliliztli; y esto se hacía el primer día que se estrenaba con aquel intento y devoción de el pueblo y gastos de sacrificios y ofrendas. Y de allí adelante quedaba consagrado para no poder usar de él profanamente, guardándole respeto como a casa de Dios y palacio suyo, donde venía a dar sus oráculos y respuestas.

CAPÍTULO XXIII. *De los adornos y enramamientos de los templos*



ENTRE LAS COSAS TOCANTES y pertenecientes a los templos y lugares dedicados para el culto divino, fue una de las más antiguas y usada adornarlos de rosas y flores, como en demostración del contento y alegría que de aquel sacro lugar resultaba, por razón de aquel dios que en él tenía su asiento y silla. Y esto se hacía en algunos días de el año, en las fiestas particulares que a los dichos dioses estaban dedicadas y constituidas. Enramaban los altares, coronábanse los sacerdotes, y cantaban y bailaban, comían y bebían larga y abundantemente, como Tertuliano lo refiere. Y el elocuentísimo Paulino dice,¹ que tenían grandísimo cuidado los idólatras de barrer y limpiar sus templos (cual era razón que los cristianos lo tuviesen de hermosear sus conciencias, pues son templo de Dios vivo, como dice San Pablo).² Dice también que era muy de ver los quicios y umbrales dorados, cercados y rodeados de rosas y flores, esmaltado el suelo con sus varios y diversos colores, las puertas, columnas, chapiteles y torres tan cua-

¹ Tertul. lib. de Corona Militis. Paulin. in Natalis primo de Munditiæ, et 3. de Sertis, atque lucernis intra templum, et ad ianuas accensis.

² 2. Ad Cor. 6.

jadas de lo mismo, que más parecía jardín muy deleitoso de plantas y yerbas frescas y odoríferas, que paredes y obra de cal y canto.

Ninguna cosa hubo en el mundo en que más conviniesen los gentiles de estas indianas tierras con los antiguos de las otras regiones, conocidas y sabidas de muy atrás y de siglos más antiguos, que en esta de adornar los templos y casas de sus dioses. Porque aunque en servirlos pusieron mucho cuidado, fue muy más singular el que tuvieron de enramarlos y adornarlos con flores y ramos, haciendo muchas labores de sus diferentes hojas; y aunque en esto pusieron mucho cuidado en tiempo de su gentilidad, mucho mayor ha sido el de su cristianismo y conversión a la fe. Y es tanto de ver el adorno que hacen a los templos e iglesias, que obliga a más admiración ver una iglesia de los indios, el día de fiesta particular que la enraman, que todos los templos e iglesias de españoles, no sólo de las Indias, pero de los de España. Y porque tratando de la celebración de las fiestas se dice más larga y extendidamente de esta materia y lo mucho que de ella hay que decir. Concluyo este capítulo con decir que el demonio que traía ciegas a las gentes idólatras les hacía en todo tiempo que le sirviesen con todo género de flores y que éstas se las ofreciesen en los quicios de sus templos y en otras partes de lo interior y exterior de ellos. Y puede ser que deba entenderse de estos mismo días festivos aquello de Juvenal,³ que se adornaban y componían las puertas de ramos y flores, en señal de alegría, aunque él habla allí de las bodas y casamientos; pero esto es cierto, que en las festividades que se celebraban usaban de este adorno y hoy lo usan los indios, y no sólo en las fiestas principales (donde se aventajan mucho), pero los domingos y fiestas comunes se usa echar juncia y trébol, como yo lo he visto y veo cada día, en especial en este convento de Santiago Tlatelulco, que es parte de esta ciudad de Mexico, donde escribo esto.

³ Iuv. Sat. 9.